

TALLER DE ÉTICA # 3

DOCENTE: JOSÉ MONTERROSA

GRADOS: SÉPTIMOS

ÉTICA Y VALORES

Chicos buenos días.

A continuación van a contestar las siguientes preguntas en el cuaderno de Ética (si les quedan hojas limpias de un cuaderno del año pasado pueden utilizar ese mismo cuaderno).

Al principio de la hoja debe de ir su **nombre, apellidos, curso número de taller área y fecha** y esta misma información también como mensaje de texto en el whatsapp en el siguiente orden:

NOMBRES Y APELLIDOS

NÚMERO DE TALLER

CURSO

ÁREA

FECHA

- 1. Haz una reflexión sobre el siguiente cuento**
- 2. Inventa un final distinto a esta historia**

LA HISTORIA DE LLIVIAN

En un país llamado Colombia, cerca de la cordillera de los Andes, habitaba una tribu indígena que llevaba muchísimos años instalada en esas tierras. Sus miembros eran personas sencillas que convivían pacíficamente, hasta que un día el grupo de los jóvenes se reunió en asamblea y tomó una terrible decisión: ¡expulsar del poblado a todos los ancianos! Los arrogantes muchachos declararon que los viejecitos se habían convertido en un estorbo para el buen funcionamiento de la comunidad porque ya no tenían fuerzas para cargar los sacos de semillas y porque sus movimientos se habían vuelto tan torpes que necesitaban ayuda incluso para comer o asearse. Por estas razones, aseguraron, era necesario echarlos para siempre. Tan solo un chico bueno y generoso llamado Llivian creyó que se estaba

cometiendo una gran injusticia y se rebeló contra los demás: – ¡¿Estáis locos?!... ¡No podemos hacer esa barbaridad! Les debemos todo lo que somos, todo lo que poseemos. Ellos siempre nos han ayudado y ahora somos nosotros quienes debemos cuidarlos con amor y respeto.

Desgraciadamente ninguno se conmovió y Llivan tuvo que contemplar horrorizado cómo los ancianos eran obligados a abandonar sus hogares.

– ¡Esto es horrible! Nadie se merece que le traten así.

Cuando los vio alejarse del pueblo con la cabeza agachada y arrastrando los pies, decidió que no podía quedarse de brazos cruzados. Sin pararse a pensar, echó a correr hasta alcanzarlos.

– ¡Esperen, por favor, esperen! Si me lo permiten iré con ustedes para que se sientan más seguros y ayudarles a buscar un buen lugar donde vivir.

El de más edad sonrió y aceptó la propuesta en su nombre y el de los demás.

– Claro que sí, Llivan. Tú eres un buen muchacho y no un canalla. Agradecemos mucho tu compañía y toda la ayuda que nos puedas proporcionar.

– ¡Oh no, no me den las gracias! Siento que es mi deber, pero les aseguro que lo hago con gusto.

Llivan se puso al frente y los dirigió hacia un cálido y hermoso valle rodeado de montañas. Tardaron varias horas, pero mereció la pena.

– ¡Este es el lugar elegido para montar el nuevo poblado! La tierra es fértil, ideal para cultivar. Además, está atravesado por un río en el que podremos pescar a diario. ¿No les parece perfecto?

El más anciano reconoció que la elección era excelente.

– Tienes buen ojo, Llivan. Ciertamente es un paraje maravilloso.

Llivan respiró hondo y llenó sus pulmones de aire puro.

– ¿Pues a qué estamos esperando?... ¡Pongámonos manos a la obra!

Durante semanas el muchacho trabajó a un ritmo frenético, construyendo casas de barro, madera y paja durante el día, y fabricando artilugios de caza y pesca a la luz de la hoguera al caer la noche. Era el único que tenía fuerza física para realizar las tareas más duras, pero los ancianos, que poseían la sabiduría y experiencia de toda una vida, también ponían su granito de arena dirigiendo las obras.

Gracias a los buenos consejos de los mayores y al gran esfuerzo de Llivan, el objetivo se consiguió antes de lo esperado. Mientras tanto, en la otra tribu, los jóvenes tomaron el mando y todo se descontroló, principalmente porque ignoraban cómo se hacían las cosas y no había ancianos a los que pedir consejo. Esto era muy grave sobre todo si alguien caía enfermo, pues los remedios a base de plantas medicinales solo los conocían los abuelos y allí no quedaba ni uno. Donde antes había paz y bienestar, ahora reinaba el caos.

Pasaron unos años y Llivan se convirtió en un adulto sano y fuerte. Su vida con los ancianos era feliz y solo echaba en falta una cosa: formar su propia familia. Por esa razón, un día decidió expresarles sus sentimientos.

– Queridos amigos, saben que soy muy dichoso aquí, pero la verdad es que también me gustaría casarme y tener hijos. El problema es que en este poblado no hay ninguna mujer. Como ustedes son como mis padres quiero pedirles permiso para ir al pueblo de los jóvenes. ¡Quién sabe, quizás allí pueda conocer alguna chica especial!

El que siempre daba el visto bueno le dio una palmadita en el hombro y expresó su conformidad:

– ¡Por supuesto que tienes nuestra aprobación! Nosotros te adoramos, pero es normal que quieras enamorarte, casarte y tener hijos. Anda, ve y busca esa esposa que tanto deseas, pero por favor, ten mucho cuidado.

– ¡Gracias, muchas gracias, les llevaré en mi corazón!

Después de repartir un montón de abrazos, Llivan tomó rumbo a su antigua aldea.

Era casi de noche cuando puso un pie en ella y no pudo evitar emocionarse.

– ¡Oh, cuántos años sin ver el lugar donde nací! Pero... ¿por qué está todo tan sucio y destartalado? ¡Me temo que aquí pasa algo raro!

Estaba intentando comprender qué sucedía en el instante en que se le echaron encima varios hombres que le apresaron y ataron a un árbol. El que parecía el líder, le gritó al oído:

– Te hemos reconocido, Llivan... ¡¿Cómo te atreves a volver?!... ¡Tú, que hace años nos traicionaste!

Llivan se percató de que estaba ante el grupo que había expulsado a los viejecitos y enrojeció de ira.

– ¿Qué yo os traicioné?... ¡Sois una panda de desvergonzados y cobardes! ... ¡Suéltame ahora mismo!

El jefecillo se rio y dijo en tono burlón:

– ¡Uy, sí, creerás que soy tan tonto!... Ahora mandamos nosotros, y mira por donde, eres nuestro prisionero. En cuanto amanezca, tendrás tu merecido.

Dicho esto se alejaron unos cincuenta metros y se sentaron en corro, a comer y beber sin medida. Aprovechando que estaban entretenidos y no le hacían ni caso, Llivan trató de liberarse, pero ¡las cuerdas apretaban demasiado!

Estaba a punto de resignarse cuando de entre las sombras apareció una mujer de ojos negros y cabello rizado hasta la cintura que, sin hacer ruido, se acercó a él y le susurró:

– ¿Quién eres tú y qué haces atado a un tronco?

Llivan también le contestó en tono bajito.

– Me llamo Llivan y crecí en este poblado, pero cuando hace años desterraron a los ancianos me fui con ellos. Hoy he regresado a este lugar que tanto amo, pero nada más llegar he sido capturado por esa gentuza que ves allí.

La muchacha miró de reojo al grupo de hombres, temerosa de que la descubrieran.

– Llivan... Llivan... Sí, claro, me acuerdo de ti. Bueno, en realidad todo el mundo en esta zona conoce tu historia.

– ¿Ah, sí?... Y dime, ¿qué tal van las cosas en la tribu?

– ¡Pues la verdad es que fatal! Esos tipos no son buenos y no tienen ni idea de gobernar. Por su culpa la gente es cada vez más pobre e ignorante.

– ¿Echaron a los ancianos y encima llevan años comportándose como tiranos?... Lo siento, pero no entiendo que aceptéis sus normas... ¡Deberíais sublevaros!

– No, no las aceptamos, pero siempre van armados y nadie se atreve a enfrentarse a ellos. ¡No podemos hacer nada más que aguantar!

– ¡Pues creo que ha llegado la hora de poner fin a esta indecencia! Si me ayudas

a escapar lo solucionaré... ¡Te lo prometo!

La mujer clavó sus ojos en los de Llivan y sintió que estaba siendo sincero. Sin dudar, desató la cuerda que ataba sus manos.

– ¡Vamos a mi casa, allí estarás seguro!

Se fueron sigilosamente y llegaron a una choza pequeña y humilde. Junto a la entrada, tumbado en una hamaca polvorienta, estaba su hermano pequeño.

– Querido hermanito, escúchame con atención: mi amigo Llivan va a ayudarnos a deshacernos de esos déspotas que tienen a todo el pueblo dominado, pero necesitamos tu colaboración.

– Eso está bien, pero... ¿qué es lo que tengo que hacer?

Llivan tenía muy claros los pasos a seguir.

– Por favor, avisa a todos los vecinos ¡Quiero que vengan aquí cuanto antes!

– De acuerdo, no tardaré.

Minutos después, decenas de personas escuchaban el discurso de Llivan bajo la pálida luz de la luna.

– Amigos, este era un pueblo próspero hasta que un día los jóvenes se hicieron con el gobierno. Han pasado los años y mirad el resultado: sois más infelices y vivís mucho peor que antes.

Todos asintieron con la cabeza reconociendo que lo que decía era cierto.

– Echar a los ancianos fue un error, pero creo que todavía hay solución. ¡Vamos a hacer que los gobernantes se arrepientan! Para ello necesito que cada uno de vosotros coja una ortiga del campo.

No sabían que pretendía Llivan, pero obedecieron sin rechistar; después, se fueron en busca de los dictadores y los encontraron tirados en el suelo, profundamente dormidos. Llivan dio la orden de actuar.

– Están roncando como leones... ¡Es nuestra oportunidad! Vamos a desnudarlos y a esperar.

Les quitaron las ropas en un santiamén y aguardaron unos minutos a que el frío de la noche los despertara. Cuando los individuos abrieron los ojos se encontraron rodeados por más de cien personas con cara amenazadora y una ortiga en la mano. ¡No tenían escapatoria!

Entonces, Llivan alzó la voz:

– Hace años cometisteis una injusticia tremenda con vuestros mayores, y por si eso fuera poco, habéis arruinado a vuestro pueblo. ¡Sois unos auténticos irresponsables! Si no queréis que frotemos vuestros cuerpos con ortigas, reconoced error y disculpaos ahora mismo.

Los hombres se miraron aterrados y ni lo dudaron: se pusieron de rodillas y llorando como niños pidieron perdón entre lagrimones.

– A partir de ahora respetaréis a todas las personas por igual y trabajaréis en beneficio de la comunidad hasta que el pueblo vuelva a ser un lugar floreciente. El aplauso fue unánime.

– Gracias, muchas gracias, amigos, pero falta lo más importante: que regresen los abuelos que un día tuvieron que abandonar su hogar.

Llivan escuchó otra ovación y sintió que había dicho y hecho lo correcto.

– En cuanto salga el sol iré a por ellos. Espero que cuando vuelvan les traten con el amor y respeto que merecen.

Tres días después, los abuelitos entraron en su antiguo pueblo y fueron recibidos con aplausos, abrazos y besos. El momento de felicidad colectiva que se vivió fue único e irrepetible.

¡Al fin todo volvía a ser como antes!... Bueno, todo no, porque para Llivan las cosas fueron aún mejor. Por unanimidad fue elegido gobernador del pueblo y, al llegar la primavera, se casó con la hermosa muchacha que le había ayudado a acabar con la injusticia. Dice la historia que formaron una familia numerosa y fueron felices para siempre.